

EMILIO ROMERO

El gallo del franquismo

J. M. Amilibia

BIOGRAFÍAS



ba a temblar... Procuraba mantener las distancias.» (Julio Merino, subdirector de *Pueblo*)

«Menos mal que no había *paparazzi* entonces. E. R. era un mujeriego muy acentuado, tenía cierta obsesión por el sexo. Recuerdo la luz roja de su despacho. Excitado por la represión que debió de sufrir en su juventud, no tenía contención. Cogía todo lo que tenía a mano. Poseía, ante ellas, la fascinación del poder.» (Carlos Luis Álvarez, *Cándido*, trabajó en *Pueblo*)

«Le gustaban mucho las mujeres. Creo que por eso no tenía el favor de Carrero Blanco.» (Francisco Umbral)

«Estábamos en la tertulia de *La brújula* que dirigía Javier González Ferrari, en la Cope, y E. R. aparecía siempre con dos putas, generalmente distintas. Un día salió a relucir, entre nosotros, fuera de micrófono, el tema de su esposa. Y E. R. dijo: "A mí, mi mujer sólo me sirve para cortarme las uñas de los pies". Estaban delante Carlos Carnicero, Julián Lago, Juan Roldán y yo. Nos quedamos de piedra.» (Pilar Cernuda)

«La fama de mujeriego es a veces un lastre, otras veces motivo de admiración y halagos y muchas veces motivo de envidia. Es algo que se critica y se admira.» (Sabino Fernández Campo, ex jefe de la Casa del Rey)

«E. R. promocionaba a las mujeres a cambio de acostarse con ellas. Yo conocí a varias.» (Antonio García Trevijano, abogado, fue letrado del diario *Madrid*)

«A mí no intentó seducirme. Todo hombre inteligente sabe a quién puede seducir y a quién no. Él era inteligente. Sé que era también un donjuán, pero a mí me respetó. Conmigo, en ese sentido fue muy serio, incluso hosco. Por lo hosco me recordó a Miguel Mihura.» (Esperanza Roy, actriz, interpretó la obra de E. R. *Play Patricio*)

«Tenía gran fama de mujeriego, que es de las cosas menos malas que se puede ser. Sin duda utilizaba su poder para conquis-

tar. El poder tiene una carga erótica muy fuerte. Yo le veía en el hotel Miguel Ángel, siempre con señoras estupendas y Álvaro Luis. Sin duda era un gran seductor.» (José Luis Gutiérrez, periodista, ex director de *Diario 16*)

«Era famosa la luz roja de su despacho. Cuando estaba encendida, nadie podía entrar ni llamar. También era famoso el sofá de su despacho.» (Miguel Ángel Aguilar, periodista)

«Quizá le perjudicó su fama de mujeriego, no respetar las formas; no creo que le ayudaran sus aventuras amorosas públicas.» (Santiago Carrillo)

«Su fama de mujeriego no le perjudicó, yo diría que casi le benefició.» (Gabriel Cisneros, periodista y diputado del PP. Trabajó en *Pueblo*)

«Era muy mujeriego, era un feo que gustaba mucho a las mujeres, porque hablaba tan bien, sabía tanto de todo... Te encandilaba con la palabra. Era inteligente, y también presumido, vanidoso. Tenía mucho poder. Yo le quería muchísimo. No me echó los tejos nunca, aunque no creo que fuera por falta de ganas, sino porque mi marido siempre estaba pegado a mí. Le conocí en Las Brujas, yo estaba recién casada y vivía Franco. Por allí estábamos La Contrahecha, Merche Esmeralda, María Jiménez... Las más guapas de España. Él iba casi todas las noches.» (La Polaca, bailaora y actriz)

«No intentó seducirme nunca, siempre me respetó. Tenía fama de mujeriego, pero conmigo fue un caballero. Era feo, sí, pero seducía con la palabra, hablando. Me dijo una vez: "En ti van parejas la inteligencia y la belleza, y eso da mucho miedo a los hombres". "¿A ti también?", le pregunté. "Sí, a mí también", respondió. Aparte de eso, mi novio siempre estaba a mi lado.» (Ágata Lys, actriz, interpretó la obra de E. R. *El fin del mundo es el jueves*)

«En aquellos tiempos era imposible ser ministro con querida pública.» (Fernando Suárez, vicepresidente en el último gobierno de Arias Navarro)

Esto quedó en sus antecedentes, pero más tarde se los borraron.»
(Eugenio Suárez, periodista, fundador de *El Caso*)

«E. R. quiso llevar el diario *Madrid* a la prensa del Movimiento, quería tenerlo él. Y el *Madrid* no se reabrió por culpa de E. R. En una rueda de prensa que se convocó para dar cuenta de las negociaciones hechas para la reapertura del diario *Madrid*, un representante de *Pueblo* dijo, al escuchar ciertas cosas, “que E. R. estaba dispuesto a tirar de la manta”. Y yo contesté rápidamente: “Si E. R. tira de la manta es para llevársela”. Entonces me puso una querrela por injurias. Se enteró monseñor Tarancón y me llamó diciéndome que quería verme. Yo no le conocía. Fui a verle y me entregó una sentencia del Tribunal Supremo de 1942 por la que se condenaba a E. R. por un delito de hurto, de apropiación indebida de ropa, alimentos, etc., cometido en el hospital de un pueblo de Castellón en el que E. R. estuvo como paciente y administrador. Tarancón había sido párroco de ese pueblo, cuyo nombre no recuerdo ahora. Esa sentencia fue mi arma para la defensa, que ejercí yo mismo. El acto de conciliación fue a principios de los setenta. “No le he llamado robamantas —dije—, pero ha sido condenado por robar mantas.” Los asistentes se rieron mucho. La querrela que me había puesto E. R. se archivó.» (Antonio García Trevijano, abogado, letrado del desaparecido diario *Madrid*)

El 9 de febrero de 1972 se convocó una rueda de prensa para dar cuenta del momento que atravesaban las difíciles negociaciones con el Gobierno en busca de una reapertura (del diario *Madrid*). El acuerdo parecía prácticamente logrado. Y en ese clima, con una gran parte de la plantilla del *Madrid* presente, se deslizaron algunas afirmaciones de cierto calibre sobre el director ventajista de *Pueblo*. En la sala estaba Julio Camarero, redactor jefe de *Pueblo*, que grababa en su magnetófono todas las conversaciones. Entonces se sintió en la necesidad de intervenir para lanzar una advertencia:

—Señor Trevijano, usted debe saber que Emilio Romero está dispuesto a tirar de la manta.

Fulminante le vino la réplica al interpelado:

—Si alguna vez Emilio Romero tira de la manta es para llevársela.

En la memoria de todos se encendió el recuerdo de aquella condena impuesta a Romero por un tribunal de Alicante a propósito de su gestión como administrador de un hospital de tuberculosos, donde precisamente, aparte de otras vituallas, se habían echado en falta mantas.

Mientras al edificio del diario *Madrid* se le iba poniendo cara de solar edificable, empezaron las querellas de los trabajadores del diario *Madrid* contra Emilio Romero, que no dudaba en estampar sus insultos en las páginas de un periódico que se financiaba con las cuotas sindicales obligatorias que a todos los trabajadores les descontaban automáticamente de sus nóminas. También Trevijano (letrado del *Madrid*) presentó querrela contra Emilio Romero. En escrito a la sala segunda del Tribunal Supremo, competente en la querrela por ser Emilio Romero procurador en Cortes y consejero nacional del Movimiento, el querellante se definía a sí mismo en estos términos:

«El querellante es don Antonio García Trevijano Forte, mayor de edad, casado, vecino de Madrid, con domicilio en el Paseo de la Castellana, número 106. Notario excedente, abogado del ilustre colegio de Madrid, letrado de la empresa “Madrid. Diario de la Noche, S.A.” y de sus redactores, empleados y obreros. Condecorado con la Cruz de la Independencia de la República de la Guinea Ecuatorial y con la Orden Real Khmer de Camboya, ambas, las más altas condecoraciones de ambos países».

En cuanto al querellado, aparecía en el mencionado escrito del Tribunal Supremo bajo la siguiente referencia personal:

«El querellado es Emilio Romero Gómez, mayor de edad,

mo, sino el escepticismo. Cuando se puede ejercer a veces el cinismo —pero éste es literario— es con el amor y con los cínicos».

Y en el 89, cuando en un editorial de *Diario 16* se le acusa de chaquetero, exactamente de «veterano del transformismo», E. R. responde:

«El tiempo y la historia impiden la creación de personalidades rectilíneas en sus opiniones y comportamientos, porque hay un fenómeno elemental como es el del enriquecimiento de la información. El transformismo es una situación escénica o de circo cuando el cambio tiene lugar en escaso tiempo. Cambiar de casaca, o cambiar de chaqueta, fueron acusaciones que se hacían en el pasado a los que mudaban de ideas de un día para otro. Esto ha sido siempre una desvergüenza política y personal.

»Los cambios lentos, pausados, de largo recorrido, en virtud de lo que se ve o se sabe a lo largo de la vida, y por el enriquecimiento cultural, es perfectamente legítimo. Esto ya no puede llamarse transformismo, sino consecuencia o madurez».

En el 73 se le pregunta si cree en la democracia liberal, y responde: «No creo demasiado, porque la democracia liberal está siempre secuestrada por sectores o por grupos de influencia o de poder extrapolíticos». Piensa que en la política «se ha de hacer más lo que conviene que lo que gusta». En las postrimerías del régimen franquista se le acusa de estar entre los que se mantienen en él, cuando tantos y tantos se desapuntan, y manifiesta:

«Yo estoy apuntado en el régimen porque deseo la continuidad en la legalidad, que no esté, naturalmente, libre de reformas necesarias. Porque nuestro país es un país catastrófico, lleno de virtudes admirables y de errores políticos garrafales en los que no han incurrido una gran parte de Europa. Somos un país apasionado, vehementemente, efervescente... Podemos "congolizarlo" en cuarenta y ocho horas: no hemos probado a lo largo de nuestra historia moderna ser un país políticamente equilibrado, aunque tengamos muestras de

pensamiento de gran celebración universal. Políticamente somos un pueblo inmaduro con muchos resentimientos de mucha estirpe: pueden estar hasta en la biología. Aquí tenemos más enemigos que adversarios y con un país en estas condiciones, poco abierto, escasamente aclimatado a las libertades de convivencia y ante la necesidad de corregirlas cada dos por tres, somos realmente un pueblo peligroso; por eso, cuando uno ve los riesgos del tiempo sucesorio, tiene que apuntarse necesariamente a la legalidad, cualquiera que fuere, ésta o la que existiere».

Estas palabras dibujan quizá mejor que otras la raíz del pensamiento de E. R. El falangista fugitivo que iba escupiendo sangre por los campos de La Mancha huyendo de las checas y que probablemente padeció un simulacro de fusilamiento (sin saber que alguien había intercedido para que no le dispararan) y vio la ira de los campesinos con las hoces levantadas, piensa que este país es así por siempre, ingobernable, violento, cainita, tierra yerma para las libertades. Y, por tanto, siempre necesitará de una fuerte autoridad que lo conduzca por el camino de la virtud. Es un pensamiento casi religioso. Creía en la democracia con un Franco dentro.

E. R. era Dios. Y, como dijo Bradbury, si Dios fuera liberal, en lugar de darnos los diez mandamientos nos habría hecho diez sugerencias.

Vuelvo al asunto: ¿era Emilio Romero un franquista convencido, pata negra o...? Las opiniones de los personajes que han hablado para este libro son bien diversas, como verán.

«Era un franquista convencido, un facha. Hubiera sido feliz en un régimen peronista. Era un peronista de izquierdas o un franquista de izquierdas, como se quiera. Creía que era posible un Estado sindicalista-vertical apoyado por los militares.» (Antonio García Trevijano)

«En el sentido de ser agradecido a la manera de resolver el problema del 36, sí era franquista, pero no se encontraba a gusto con

vencido, y lo decía, de que la sociedad no le había dado todo lo que él merecía. En este país la sociedad es cainita, y lo único que te puede dar, casi siempre, es una puñalada.» (Ramón Tamames)

«Intentó ir en la lista de AP, pero Fraga no quiso, creo.» (Fernando Suárez)

«Después de cargárselo como delegado nacional de Prensa y Radio del Movimiento, Suárez quiso que E. R. no escribiera más. “Tenemos que pasar página —le dijo—, te voy a nombrar consejero del ministro de Economía.” E. R. se sorprendió: “No tengo ni idea de dineros”. Y viendo que pretendía darle un cargo para quitárselo de en medio y enterrarlo en un ministerio, le dijo a Suárez: “Mira, a mí no me jubila nadie, ni las mujeres; tengo cuerda para rato”. La verdad es que le trataron mejor los socialistas que la derecha.» (José María del Pulgar, chófer y secretario de E. R.)

«Suárez le propuso luego ser embajador en la Argentina, pero E. R. dijo que no. No quiso dejar el periodismo, que valoraba más que la política.» (José María del Pulgar)

«Fraga le ofreció ir en las listas de AP y luego hacerle ministro de Cultura. Y no quiso. En una comida que se celebró en un restaurante de la calle Castelló, en Madrid, famoso por su cocido, con militantes de AP, Fraga gritó bromeando: “Que le den chorizo a E. R.”. Y E. R. le respondió, en el mismo tono: “Que le den morcilla a Fraga”.» (José María del Pulgar)

«Nunca le di la mano. Él quiso ser amigo mío, pero yo no quise. No quise darle la mano a él como tampoco se la di a Fraga ni a ningún franquista. E. R. era inteligente: entendía la teoría del franquismo y la interpretaba muy bien. Intentó hacer en España lo que Perón en la Argentina: unir Ejército y Sindicalismo. Al principio convenció a Solís, pero Camilo Alonso Vega se dio cuenta de sus maniobras políticas y lo frenaron.» (Antonio García Trevijano)

«Quiso ser ministro, seguro, pero ni los del régimen se fiaban de él. Y luego, en la Transición, Suárez le frenó.» (García Trevijano)

«Creo que ansiaba el poder político. Me llamaba la atención en él su afición al cargo, su búsqueda del cargo, su ansia por el cargo.» (Rodolfo Martín Villa)

«Ansiaba la influencia en la política. Era presumido. Creo que hubiera aceptado un cargo, un ministerio o algo menos relevante.» (Carlos Luis Álvarez, *Cándido*)

«Ante todo era un político.» (Francisco Umbral)

«Era un periodista político. O un político periodista. No sé si quería ser ministro, pero sí que ansiaba el poder político.» (Sabino Fernández Campo)

«Era más periodista que político, creo. Pero le gustaba el poder. Una vez le dijo a Suárez: “Con tu belleza y mi inteligencia podemos hacernos los dueños de España”. Era un personaje inquietante. ¿Dónde está la caja negra del franquismo? Yo no lo sé, pero tiene que haber papeles importantes de E. R. por algún sitio.» (Raúl del Pozo)

«Creo que era más político que periodista.» (Marcelino Camacho)

«Ansiaba como pocos la influencia política y el reconocimiento literario.» (Jesús Hermida)

«Quería ser, sobre todas las cosas, director general de TVE. Ansiaba ese cargo más que un ministerio, una embajada o cualquier otro. Suárez le dijo que después de que pasara por la Delegación Nacional de Prensa y Radio del Movimiento le haría director general de TVE, pero lo que quería, como luego se vio, era quitárselo de en medio. Fue una jugada de trilero. Lo que nunca entendí es como E. R. se dejó timar por un trilero, como si no lo conociera. Nunca entendí cómo un hombre tan inteligente como E. R. se podía fiar de los trileros. Quizá era más ingenuo de lo que pensábamos.» (Álvaro Luis)

«¿Si se le ofreció alguna cartera ministerial? En ningún momento ni Suárez ni yo pensamos en ofrecer a E. R. ninguna cartera o cargo importante. Y no creo que él, pasada la Transición, buscara un cargo.» (Leopoldo Calvo Sotelo)

que era Sánchez Bella, y el director general de Prensa, Alejandro Fernández Sordo. Lo que únicamente hice fue preocuparme por la situación de la Redacción y de los trabajadores, y sugerí una fórmula a los dirigentes sindicales para evitar este paro obrero y profesional, y fue que en tanto los tribunales fallaban la cuestión, corriera con el sostenimiento del periódico la Organización Sindical, simplemente cambiando al director, y de acuerdo con la Asociación de la Prensa, para hacer un periódico informativa y políticamente neutral, en espera de sentencia. Era la única forma posible de salvar a la gente, y que no se fuera a la calle. Pero a los empresarios y dirigentes de aquel Madrid de entonces —que estaban dentro de un proyecto político— les importaba un rábano la gente, y únicamente querían afrontar la pendencia.»

El proyecto político al que E. R. hacía mención no era de su agrado, porque, dicho sencillamente, su objetivo era la liquidación del régimen del general Franco, mientras que él aspiraba a una renovación —la mudanza sin mover nada— hecha desde dentro por los hombres del régimen.

Pero ¿tuvo alguna responsabilidad E. R. en la desaparición del diario *Madrid*?

«Quiso llevar el diario *Madrid* a la prensa del Movimiento o a la Organización Sindical. Quería tenerlo él. El *Madrid* no se reabrió por E. R., que dijo que yo había insultado al régimen, que había llamado a Franco “enano del Pardo” en una rueda de prensa. Se había llegado a un acuerdo con Lucio del Álamo para la reapertura del periódico, pero entonces el ministro de Información, ante lo escrito por E. R., anuló las negociaciones, todos los posibles acuerdos. La culpa de que no se reabriera el diario *Madrid* fue de E. R., insistió.» (Antonio García Trevijano)

«Miguel Ángel Aguilar y su asociación proponen que José María Alfaro o E. R. sean directores del *Madrid*, si así va a conseguirse su reapertura. Yo me entero y provoqué una reunión, en la que no se

acepta ni a Alfaro ni a E. R. Pido que se cumplan los acuerdos con Lucio del Álamo, presidente de la Asociación de la Prensa: que no se varíe la línea editorial, que Antonio Fontán se vaya si así lo desea y que, si decide irse, el nuevo director sea elegido por el consejo del diario *Madrid*. Cuando no se acepta todo esto, el *Madrid* entra en quiebra. Hay muchas deudas. Se vende el solar a un constructor llamado Cereceda. Le puse una condición: que dinamitara el edificio. Fue una operación inventada por mí para desprestigiar al régimen de Franco.» (Antonio García Trevijano)

La voladura controlada del diario —entonces una novedad— dio la vuelta al mundo: era la imagen de lo que hacía el régimen franquista con los luchadores por la libertad.

«El diario *Madrid* se convirtió en un referente imprescindible de la información política, social, educativa, laboral, etc. Sus ideas progresistas irritaban sobremanera el Gobierno e intranquilizaban particularmente al ministro de Información, Manuel Fraga, quien marcó de cerca al diario con advertencias, amenazas y sanciones. En una entrevista que mantuvo con directivos del periódico, les advirtió de que, si querían mantenerse en la legalidad, tenían cuatro temas prohibidos: la legitimidad del 18 de julio, los partidos políticos, el orden público y lo que Fraga denominaba el chantaje del Mercado Común, es decir, tomarlo como coartada para exponer la necesidad de adecuar las estructuras políticas a las de los países miembros. El diario *Pueblo*, también vespertino, portavoz de los sindicatos verticales y oficiales, y dirigido por Emilio Romero, fue ferozmente combativo con las tesis del *Madrid*.» (*Todo Franco*, de Joaquín Bardavío y Justino Sinova)

«No me consta que E. R. tuviera responsabilidad en el cierre del *Madrid* ni me consta que influyera en el Ministerio de Información y Turismo. Sí hubo polémicas muy ruidosas entre los diarios *Pueblo* y *Madrid*, a consecuencia de las distintas posiciones políticas de ambos medios, entre un periódico del régimen como era *Pueblo* y

E. R. no le perdonó nunca a Suárez que le ganara la carrera.» (Carlos Luis Álvarez, *Cándido*)

«No siempre prepararse para el cambio da resultado. Emilio se preparó para el cambio, pero no entró en él. Era un hombre muy significado del régimen anterior, tenía demasiados enemigos. Se anuló a sí mismo, bien por cansancio o bien porque sabía que para él las cosas habían terminado. Le pesaba demasiado el pasado.» (Sabino Fernández Campo)

«Adolfo Suárez tenía que matar a su paisano para eliminar testigos: E. R. era su mala conciencia. Los franquistas tenían que soltar lastre. E. R. representaba su mala imagen. Creo que E. R. era el ala más humana, más piadosa, del franquismo. Era un conspirador. No era un picha fría ni un meapilas, no era el biotipo del franquismo. Era un libertino que hizo un periódico para el franquismo. En todo caso, era un franquista raro.» (Raúl del Pozo)

«Cuando se produce el cambio, él trata de adaptarse, pero no le dejan. Fue una Transición política: hacían falta cadáveres civiles. Le odiaban mucho. El poder le odiaba mucho porque era un franquista follador que escribía bien. Al que escribe bien y folla se le detesta. No le perdonaron. No le amnistiaron. Había que echar a los perros algunos cadáveres. Y E. R. se quedó ahí. No le purgó el socialismo. Fue la propia derecha quien lo hizo. Era un testigo incómodo.» (Raúl del Pozo)

«¿El porqué de la guerra con Suárez? Creía que la Transición que Adolfo llevó a cabo era una traición a las esencias que para E. R. tenían un gran valor.» (Leopoldo Calvo Sotelo)

«Su vida política fue con el régimen y acabó al terminar el régimen. Y su vida periodística también. En la Transición no contaron con él. No creo que se le despreciara, pero estaba muy vinculado al régimen anterior. A Suárez nunca le oí hablar de E. R., no creo que se preocupara mucho de él ni hiciera nada contra él. En la Transición había tres posturas: la ruptura, la continuidad y el cambio. E.

R. estaba más en la continuidad. Otros estábamos en el cambio (UCD) y otros con la ruptura. Los del cambio abrimos la puerta a los de la ruptura. Los de la continuidad se quedaron colgados de la brocha. E. R. no supo evolucionar.» (Antonio Fontán)

«No superó la Transición, quizá por su guerra con Suárez, por su desdén hacia éste o por la desconfianza que el presidente sentía hacia él. Pudo instalarse en UCD, pero se acomodó más a la derecha. Quizá había generado demasiadas animosidades. Era odiado. Y no se supo adaptar a su pérdida de importancia. Encaja mal la pérdida de influencia personal. Se le hunde el suelo a los pies. Es el triunfador que se ve perdedor. O no era verdad que estaba en posesión de grandes secretos o éstos ya no tenían validez.» (Gabriel Cisneros)

«Si le hubiera dado un ministerio, lo habría aceptado. Lo esperaba. Cuando no tiene *Pueblo* comienza su declive. Cambia la forma de entender la vida y el periodismo y se va quedando sin sitio. Nadie se atreve a darle un puesto importante. Por un lado, le temen y por otro, es un lastre. Le pilló viejo el cambio. Y sin vista. Escribía peor que en el franquismo. No se adaptó a la nueva situación. Elogiaba para su provecho y criticaba para sus venganzas. Como la vida no le fue fácil, no perdonaba.» (Jaime Campmany)

«E. R. sobraba. A él la Transición no le perdona. Presumido, se atribuye las caídas de muchos hombres del franquismo y así crea el mito —le encantaba crear mitos— de hombre peligroso. Le gustaba que le creyeran un hombre peligroso. Por eso lo dejan tirado en la Transición. Se creen que es realmente peligroso y lo dejan a un lado. Es víctima de su propia farsa. Luego escribe a favor de la democracia, pero nadie le cree. Sus artículos ya no tenían alma, carecían de rigor, de credibilidad. Nadie se creía que E. R. era un demócrata. Ni él se lo creía. Por eso sus trabajos eran falsos, huecos. Yo creo que nunca fue un demócrata.» (Antonio García Treviño)



temas de hoy.

Este libro es un ajuste de cuentas del autor, J.M. Amilibia, con su director primero, el de tantos periodistas que surgieron del diario **Pueblo** y que, en su día, lo mitificaron, elevándolo a los altares de la magnificencia periodística. Una crónica sobre el hombre apasionado, despótico, inteligente, soberbio y arbitrario que fue gallo en los corrales del amor y en los de la prensa, un dramaturgo cuya mejor obra fue él mismo, el periodista más halagado y denostado de su tiempo. Ésta es la historia de una gran ambición frenada por la Transición, de cómo el poder y la gloria desembocan en un patético final, mezcla de amargura y escepticismo. Emilio Romero, que sobrevivió a la tuberculosis, a la persecución de las checas y a las conspiraciones políticas de la dictadura, es el franquista que cae con Franco, aunque viviera hasta 2003. No le importó que le odieran; lo que no pudo soportar fue el olvido. Ésta es la historia de un personaje singular con más sombras que luces, su cara y su cruz. Este libro es, también, una catarsis. Amilibia baja de los altares a un dios.

Con testimonios de Leopoldo Calvo Sotelo, Fernando Suárez, Martín Villa, Sabino Fernández Campo, Santiago Carrillo, Marcelino Camacho, Pablo Castellano, Ramón Tamames, Antonio Fontán, Manuel Fraga, Antonio García Trevijano, Luis María Anson, Francisco Umbral, López Negrín, Sara Lezana, Rosana Ferrero y muchos más.